

periódico, mostrando su «traición» a los postulados que defendía en la época en que era portavoz del partido moderado. Más adelante se cita a *El Contemporáneo* entre los periódicos ministeriales, y en otro lugar se desliza este ataque directo: «Según dice un periódico ministerial, el nuevo gabinete se propone como primer paso en su carrera política la reposición de los señores Albareda, Fabié y Valera, redactores de *El Contemporáneo*. ¡Pues es claro!». Se alude aquí a que estos periodistas, que dimisionaron de sus cargos políticos durante el último gobierno Narváez, iban a recibir nuevos nombramientos. En efecto, Juan Valera sería nombrado embajador ante la Dieta de Francfort por el gobierno O'Donnell. La sarcástica exclamación viene a insinuar que ése era el precio de su «traición» al partido moderado.

¿Fue iniciativa de Bécquer la inserción de los artículos del periódico que había dirigido y de los comentarios hirientes respecto a sus antiguos compañeros de redacción? Es probable, puesto que a mediados de mayo había escrito un artículo, «El partido angélico», que no ha sido localizado, en el que arremetía contra la nueva orientación de *El Contemporáneo*, y que dio lugar a una sonada polémica periodística<sup>11</sup>. En cualquier caso, no podía ser ajeno a estos ataques. No fue un arrebato momentáneo, porque el número del 24 de junio contiene seis artículos de *El Contemporáneo* del mismo estilo; el del 28 del mismo mes, cuatro; y el del 29, seis. No cabe duda de que los antiguos compañeros de Bécquer debieron de sentirse profundamente heridos por este hostigamiento sistemático.

Otro aspecto interesante de *Los Tiempos* es su postura claramente conservadora en materia de política exterior. Aunque se ocupa poco de estos temas, son significativas un par de muestras. En el n.º 66, correspondiente al 24 de junio de 1865, se manifiesta opuesto al reconocimiento del reino de Italia, propuesto por el gobierno O'Donnell, porque «se perjudican los derechos y garantías del soberano Pontífice», aumenta «las amarguras del padre común de los fieles». En esta defensa del papado los moderados coincidirán con los neocatólicos. Más adelante, en enero de 1868, González Bravo mostrará su acuerdo con Nocedal al respecto, y proclamará que «ser católico es ser español»<sup>12</sup>. También se critica el reconocimiento porque hace que los españoles aparezcan como «esclavizados por la Francia», puesto que se atribuye a las presiones francesas. Este nacionalismo de orientación antifrancesa aparece en otros artículos, y también en diversos lugares de la obra de Bécquer<sup>13</sup>. En el mismo número, en un artículo sobre la situación de Estados Unidos, aparecen claras reticencias respecto a los nordistas, que acababan de vencer en la Guerra de Secesión. Tras referirse al «desorden político y social que reina hoy en Estados Unidos», y a una posible «revuelta de negros», se critica al «gran partido abolicionista, cuyas declamaciones han ocasionado la ruina de los Estados». De nuevo se impone considerar que, aunque tales valoraciones no fueran escritas por el propio Bécquer (lo cual no sería extraño, teniendo en cuenta que en otras publicaciones, como *El Museo Universal*, se ocuparía de la política exterior con asiduidad), formaban parte de una línea política con la que él se había comprometido.

<sup>11</sup> Robert Pageard: «Bécquer et "Los angélicos"», *Bulletin of Spanish Studies*, LI, 1974, pp. 157-162.

<sup>12</sup> Diario de las sesiones de Cortes, 1867-1868, I, p. 23.

<sup>13</sup> «La Nena», *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1969, pp. 691-693.

No sabemos si Bécquer colaboró en *Los Tiempos* durante toda la corta vida del diario, que se publicaría hasta octubre de 1865, momento en el que el escritor aumenta sus colaboraciones en *El Museo Universal*, revista semanal ilustrada, de carácter ameno y familiar, que dirigiría entre enero y agosto de 1866, es decir, hasta que fue de nuevo nombrado censor de novelas. Su trabajo en esta revista parece ser, pues, un medio de solventar la pérdida de ingresos derivada de su cese como fiscal de novelas y del cierre de *Los Tiempos*. Como director de *El Museo Universal*, Bécquer escribió la sección «Revista de la semana», comentario general sobre la actualidad, centrado preferentemente en la política exterior, para así no entrar en polémicas partidistas acerca de la agitada política nacional. Es eso, y no la falta de voluntad, lo que determina que Bécquer adopte un tono y un estilo neutrales y ponderados: «Respecto a la política interior —dice el 11 de marzo—, continuaremos siendo tan parcos como la índole de nuestro periódico exige». A pesar de todo, no puede evitar que afloren algunas de sus opiniones políticas, como el nacionalismo de orientación antifrancesa que aparecía en *Los Tiempos* y que ya hemos comentado. Así, en su primera crónica, correspondiente al 7 de enero, no oculta su antipatía hacia «la Francia imperialista» y «el César francés», es decir, Napoleón III, al que critica con finura: «Napoleón cree en la paz: al menos así lo ha dicho. Al oírle es seguro que más de una mefistofélica sonrisa habrá vagado por los finos labios de sus diplomáticos oyentes». Como se ve, Bécquer maneja con soltura todos los resortes del periodismo político: desde el claramente partidista, casi demagógico, que había utilizado en *Los Tiempos*, hasta la sutil ironía que le imponía la línea editorial de *El Museo Universal*.

Por otra parte, también es cierto que Bécquer no puede ser considerado como un reaccionario. En el mismo artículo proclama su fe en el progreso:

*El Museo Universal*, ajeno en un todo a las luchas y a las pasiones políticas, procurará difundir ese movimiento de adelanto que nota a su alrededor difundiendo el gusto hacia el estudio de las ciencias y las artes, delicadas flores del ingenio humano, cuyo cultivo inclina a los hombres al amor de la paz y de los saludables progresos.

Completaremos ahora estas referencias periodísticas con otras procedentes de la actuación política de González Bravo durante los años siguientes. En julio de 1866 volvió al poder, otra vez en el puesto de ministro de la Gobernación, desde donde volvió a nombrar a Bécquer fiscal de novelas. Entonces declaró cuál iba a ser su línea de actuación, basada en la lucha intransigente contra el proyecto de revolución liberal que ganaba cada vez más adeptos:

La religión de nuestros mayores, la institución monárquica, los derechos de la excelsa familia que ocupa el Trono, la propiedad, la vida, la honra de los ciudadanos, todo ha sido objeto de las iras revolucionarias (...). Las medias tintas desaparecen, y las contemporizaciones de ciertos caracteres serían una señal de flaqueza; es por todo extremo necesario poner con varonil resolución, no el dedo, sino la mano entera en la llaga<sup>14</sup>.

<sup>14</sup> L. de Taxonera, González Bravo y su tiempo, *Barcelona, Juventud, 1941*, p. 210.

En abril de 1868, al morir Narváez, asume la presidencia del gobierno, y continúa su política represiva, que provocaba el aislamiento creciente de la Corona al empujar hacia la revolución antidinástica a los sectores moderados de la oposición. Fue entonces cuando decidió «mostrar a España que un civil puede ser un dictador»<sup>15</sup>. Resulta significativa de su talante personal esta confesión privada, realizada unas semanas antes de la Revolución de septiembre:

La lucha pequeña y de policía me fastidia. Venga algo gordo que haga latir la bilis, con tal que no venga por provocación o negligencia de mi parte. Entonces tiraremos del puñal y nos agarraremos de cerca y a muerte. Entonces respiraré ancho, no que ahora todo se vuelven traguitos<sup>16</sup>.

Pero no hubo ocasión para tal lucha a muerte, puesto que la revolución, apoyada por la inmensa mayoría del país, apenas encontró resistencia. Teniendo en cuenta los antecedentes, no es extraño que las masas asaltaran el palacio de González Bravo, suceso en el que, como es sabido, desapareció el manuscrito de las *Rimas* de Bécquer. Exiliado en Francia, donde le acompañó nuestro poeta durante un tiempo, pasó sus últimos años marginado de los acontecimientos que en parte había provocado con su obcecada política represiva. A principios de 1871 se adhirió públicamente al carlismo, concluyendo así una evolución política que, partiendo del liberalismo radical de su juventud, había desembocado en el extremo opuesto del espectro político.

Bécquer, al permanecer fiel a González Bravo, no podía ignorar las actuaciones del político, su creciente impopularidad, su dureza con sus enemigos, sus arbitrariedades... Tal fidelidad desborda el ámbito de la amistad, y requiere una explicación más profunda. En los ambientes políticos y culturales del momento no pasó desapercibida, como no podía ser de otra manera. Ahora estamos en condiciones de entender por qué se le consideró, aunque exageradamente, un neocatólico<sup>17</sup>, o se le atribuyó la dirección de *Doña Manuela* (1865), revista satírica contra O'Donnell<sup>18</sup>. El compromiso político de Bécquer, que él nunca ocultó, fue, pues, claro para sus contemporáneos. Fueron sus amigos los que, tras su muerte, silenciaron o minimizaron esa faceta destacada de su vida y de su obra, forjando así una imagen del poeta tan romántica como distorsionada.

Como conclusiones provisionales, a la espera de nuevos estudios que revelen de manera definitiva la dimensión política de Bécquer, expondremos las siguientes:

1. Los vínculos de Bécquer con la vida política de su tiempo son más intensos de lo que se había creído hasta ahora. Hay que desterrar la tradicional imagen de Bécquer como un poeta alejado del mundo, ajeno a las mezquindades y crudezas de las duras batallas políticas que vivió de cerca.

2. Tales vínculos tampoco pueden reducirse a una relación amistosa, a afinidades exclusivamente personales y literarias, con González Bravo. En esta relación no faltó el mecenazgo, tan usual en la época entre políticos y escritores. Pero también, y, sobre todo, fue fruto de una sólida afinidad política e ideológica.

<sup>15</sup> R. Carr, *España 1808-1939*, Barcelona, Ariel, 1979, p. 291.

<sup>16</sup> L. de Taxonera, Ob. cit., 232.

<sup>17</sup> R. Pageard, «Bécquer et La Iberia», *Bulletin Hispanique*, LVI, 1954, pp. 408-414.

<sup>18</sup> R. Pageard, Ob. cit., pp. 391-393.

3. Por último, es preciso reexaminar la obra de Bécquer como un conjunto coherente, producto de una misma estética y de una misma visión del mundo. La lógica predilección por lo mejor de su obra no puede hacernos ver el resto de la misma como un mero «anexo» de interés biográfico, pero irrelevante respecto al núcleo de su creación literaria. Hay que establecer vínculos entre el poeta, el historiador de los templos cristianos, el autor de teatro comercial, el recreador de leyendas tradicionales y el periodista costumbrista y político. El tradicionalismo de Bécquer, estudiado por Rubén Benítez, se nos aparece cada vez más como el hilo conductor entre esas facetas de su producción, hasta ahora analizada de forma demasiado parcial y compartimentada.

## Apéndice

Reproducimos un artículo de *Los Tiempos* como posible texto becqueriano. Se trata de un comentario inserto en el n.º 69, del 28 de junio de 1865, cuando acababa de subir al poder el gobierno de O'Donnell. Hay en él ecos del artículo «El partido angélico»; que ya hemos comentado. También aquí se insiste en reprochar su defección a los «angélicos», nombre con el que se designaba a los disidentes del moderantismo, agrupados en torno a *El Contemporáneo*.

*La Democracia*<sup>19</sup> empieza a «sospechar» si el general O'Donnell habrá vuelto a sus «antiguos errores» sobre la legalidad del partido representado en la prensa por nuestro colega.

Lícita es la duda, pero creemos que *La Democracia* podrá salir de ella con sólo hacer una reflexión.

¿No están los «angélicos» dentro de la actual situación política? ¿No están en ella, según confesión propia, porque «coinciden» con la Unión Liberal en ideas, tendencias y aspiraciones? ¿No son los «angélicos» los más enérgicos campeones de la legalidad del partido democrático<sup>20</sup>? Pues cate Vd., apreciable colega, cómo debemos creer que el general O'Donnell no ha vuelto a sus «antiguos errores» sobre materia tan importante.

Pero, a fe, que, conocidos el carácter batallador de los «angélicos» y la bulla que armaron con esa cuestión cuando empezaban a creer conveniente el separarse del anterior ministerio, no nos faltará ocasión de salir pronto completamente de dudas. Ya verá nuestro colega cómo el día menos pensado se toca la cuestión en la Cámara, o algún periódico indicado para el caso la resucita en sus columnas, para obligar al general O'Donnell a hacer una declaración terminante de conformidad con la doctrina sustentada acerca de ese punto por la grey «angélica».

¡Vaya si lo harán! Para creerlo así, militan dos razones: una, que a los «angélicos» les conviene probar de todos los modos y maneras posibles que han «resellado» a la Unión Liberal; otra, evitar que se diga que esa cuestión está reservada para salir a luz solamente cuando convienen los golpes de efecto para separarse gallarda y vistosamente de una situación.

¡Vaya si lo harán! Descuide *La Democracia*.

**Joan Estruch Tobella**

<sup>19</sup> *Diario de la oposición democrática, portavoz de Castelar.*

<sup>20</sup> *La defensa de la legalización del partido democrático había sido una de las reivindicaciones de los «angélicos», en especial de Juan Valera, y motivo principal de su ruptura con el partido moderado.*